

El acto de independencia de Colombia se conmemora en estos días con gran solemnidad y entusiasmo por parte de todos los colombianos. Este día es un día de gloria para el pueblo colombiano y para el continente americano. Es un día que nos recuerda el sacrificio de nuestros héroes y el anhelo de libertad que nos ha impulsado a través de los siglos.

Los Comunes de Guarne

Estos días de gloria para el pueblo colombiano y para el continente americano. Es un día que nos recuerda el sacrificio de nuestros héroes y el anhelo de libertad que nos ha impulsado a través de los siglos.

Para el momento de la independencia, el pueblo colombiano se encontraba en una situación de profunda crisis social y económica. El imperio español había impuesto un régimen de explotación que había agotado a las comunidades campesinas de Guarne.

LOS COMUNEROS DE GUARNE Y NUESTRA INDEPENDENCIA

Los líderes comuneros de Guarne, como el doctor en Derecho de la U. de A. Iván Duque Escobar, fueron quienes encabezaron la lucha por la independencia. Su liderazgo fue fundamental para la liberación de las comunidades campesinas de Guarne.

Iván Duque Escobar*

Por eso, su grito de guerra "¡Independencia o Muerte!" se interpretaba con entusiasmo por el pueblo de Guarne y por el pueblo colombiano en general.

Hasta donde estaban geográficamente las comunidades campesinas de Guarne, la guerra de emancipación iniciada por el pueblo colombiano se extendió. Los comuneros de Guarne lucharon por la libertad de su pueblo y por la independencia del imperio español.

Doctor en Derecho de la U. de A.
Governador del Departamento de Antioquia.
Presidente del Consejo Superior de la Universidad de Antioquia.

Guarne es por eso un pueblo que merece ser recordado y homenajeado por su valiente participación en la independencia de Colombia.

*Oración pronunciada por el Gobernador Duque Escobar en ceremonia celebrada en el Municipio de Guarne.

El actual gobierno de Antioquia se complace en conmemorar en este sitio y en este mismo lugar, los acontecimientos protagonizados aquí por vastos sectores del pueblo antioqueño que manifestaron varonilmente su inconformidad y su airada protesta contra hechos e instituciones arbitrarias de la época que les tocó vivir.

Los Comuneros de Guarne

Estos acontecimientos iniciados aquí mismo hace ya dos siglos, fueron, en su hora, hechos revolucionarios que evocan, con cálido sabor familiar, ese inconformismo fecundante; aquella arrogancia histórica y ese firme anhelo de superación característicos del pueblo antioqueño.

Pero el movimiento comunero antioqueño que estamos conmemorando en este día, destaca además ese sentido práctico, realista y objetivo que es un don peculiar del montañés nativo. Porque ya para entonces, a esa temprana fecha, el hombre común de nuestro pueblo entendía que un sistema tributario justo y distributivo a todas las clases y estamentos de la actividad productora, era el camino indicado para lograr una equitativa redistribución del ingreso.

Los líderes populares del movimiento comunero regional, cuya índole y matices no han sido adecuadamente investigados, pensaban que una evolución ponderada, mediante planes de reformas sociales y fiscales, era, en ese momento, mucho más efectiva y real que enfrentar violentamente la separación radical y prematura del imperio español.

Por eso, su grito-consigna, "Viva el Rey, abajo el mal gobierno", interpretaba con exactitud una posición revolucionaria y tradicionalista, a la vez.

Hasta donde estaban acertados, lo indica el hecho de que la guerra de emancipación iniciada treinta años después, se prolongara por catorce años —1810-1824— no obstante la decadencia disolutiva y la anarquía en que languidecía por entonces el viejo imperio español.

Guarne es por eso, un sitio evocativo y aleccionador que rememora realidades objetivas y tangibles en materia política: libertad laboral; libre iniciativa industrial; rechazo al arbitristo rentístico y a la voracidad fiscal; gobierno de gentes nativas, lo cual, frente

al monopolio del Estado por los nacidos en España, implicaba claramente una renovación de la clase dirigente, auténtico postulado de toda verdadera posición revolucionaria.

Por ser objetivo y realista, definido y concreto, y extraído además del quehacer cotidiano del hombre común —el labriego y el minero— y no de las abstracciones doctrinarias, el ideario comunero antioqueño prendió rápidamente en el alma popular y la clarinada insurrecta lanzada a los vientos desde el atrio de la iglesia pueblerina, interrumpió el sueño colonial de nuestros antepasados; se expandió con rapidez inusitada de cumbre en cumbre y su eco pasó veloz de vertiente en vertiente, llevando el mensaje revolucionario que estremeció los rastros familiares y toda Antioquia hirvió en impetuosa efervescencia.

Conmovidos así los valles de Rionegro y San Nicolás, se agitaron los espíritus, de oriente a occidente, y a la bocina de Alonso Jaramillo y Bruno Vidal respondieron Juan de Lastra en San Jerónimo, Carlos Londoño en Sacaojal y Pablo Flórez en Sopenetrán. Y así, en Nuarque, en el Tablazo, en El Rodeo y en la Miranda, los mineros irredentos, los labriegos agobiados y los esclavos humillados, vislumbraron en el horizonte un relámpago de fe y un rayo de esperanza. Y para el esclavo negro, parpadeó un lucero en la profundidad de sus tinieblas.

La Revolución de Independencia

Los acontecimientos ocurridos en julio de 1781 aquí en Guarne; en la provincia del Socorro el 16 de abril y en Tungasuca y Tinta en el Perú por febrero del mismo año, fueron sucesos nunciativos y premonitorios en la historia político-social de Suramérica. Por sus hondas raíces telúricas y por su cálido ancestro terruñero, tales sucesos fueron el prelude emocional del gran despertar emancipador que se produjo treinta años después, en 1810, con extraordinaria sincronía en todo nuestro continente.

Efectivamente, en el año de 1810 se suceden, como en una espontánea y orquestal armonía, los primeros acordes continentales de la gran Gesta Emancipadora que terminaría por variar radicalmente el rumbo histórico de nuestra América Meridional, con la culminación victoriosa del 9 de diciembre de 1824 en las alturas de Ayacucho. Tales ocurrencias tuvieron lugar: el 19 de abril en Caracas; el 25 de mayo en Buenos Aires; el 20 de julio

en Bogotá; el 18 de septiembre en Santiago de Chile y el 16 de septiembre en Méjico, con el célebre grito del cura Manuel Hidalgo en Guanajuato.

Por tan sugerente coincidencia el año de 1810 es, a Suramérica, lo que fue para la antigua Roma el año 133 cuando Tiberio Graco tomó posesión del Tribunado de la Plebe. Igualmente lo que significó para Norteamérica el año de 1775 y para Francia el glorioso año de 1789, con la convocatoria de los Estados Generales, y, finalmente, para la Rusia zarista el año de 1917. Dijérase que hay años en la historia de la humanidad tan presagiosos y augurales, que ellos concentran en sus fugaces 365 días una tal constelación de símbolos nunciativos; una tan honda inquietud en los espíritus, que parecieran aquilatar y conjugar en su breve lapso los ensueños viejos y las aspiraciones ideales de la doliente humanidad en su lidia sin fin.

Bolívar

El primigenio impulso de 1781 se renueva esclarecido, iluminado y depurado a nivel continental en 1810. Fue Simón Bolívar, después de catorce años de perseverancia insuperable, tras un dramático vaivén alterno, de abrumadores reveses y de victorias deslumbrantes; tras una larga cadena de ensayos, oscilaciones y tanteos; de alternativas infortunadas y dichosas, quién plasmó en normas imperecederas el esquema idiomático, filosófico, político y social de la revolución democrática latinoamericana. El mismo esquema que fue vislumbre febril en José Antonio Galán; requerimiento profético en Francisco de Miranda y presagio sibilino en los comuneros de Guarne y Sopenetrán.

Mas no se puede juzgar a Bolívar a través de las actitudes y medidas de emergencia que debió asumir en esas horas convulsas, de desconcertante incertidumbre, que una tarea tan ardua y compleja suele presentar, en su dilatado proceso de imprevisibles variaciones. La escena popular y la vida política ofrecen, a veces, variantes inesperadas capaces de anonadar al más sobresaliente de los genios y caudillos. Por eso hay horas de inevitable perplejidad en la vida dramática de un caudillo, llámese César, Napoleón o Bolívar. Las sorprendentes variaciones que asume el espectro de las situaciones político-sociales predisponen, aún al genio, a fallas e incertidumbres aparentes.

Por eso mismo no es el proyecto de la Constitución de Bolivia; ni los decretos de emergencia promulgados en el lapso 1828-29 por el león acorralado entre los barrotes de las veleidades políticas y de los magnicidios frustrados, lo que nos debe servir para juzgar al caraqueño inconmensurable y prismático.

El veredicto global y justiciero sobre la personalidad de Bolívar debe fundamentarse primordialmente en los decretos agrarios proferidos en Bolivia; en la convocatoria del Congreso Anfictionico de Panamá; en sus vehementes imprecaciones contra la esclavitud; en los primeros cimientos del Derecho Internacional americano que solo él hizo; en el gran discurso de Angostura, esa primera diagnosis sociológica de América Latina; en la Carta de Jamaica; en el Manifiesto de Cartagena y en el Mensaje a la Convención de Ocaña, documentos éstos que pertenecen hoy al patrimonio democrático de la humanidad. Es en esos y otros documentos primordiales en los cuales debe basarse todo intento de trazar y moldear la silueta multifacética del caudillo iluminado e inmortal.

La Revolución Suramericana

¿Pero qué fue de ese impulso inicial que las manos rudas de José Antonio Galán y de los insurgentes de Guarne y Sopetrán, y el arrogante ademán que los cosecheros y mineros antioqueños le imprimieron a la Revolución Suramericana y que Bolívar prosiguió, esclareció y perfeccionó plasmándolo en cláusulas lapidarias? ¿El pensamiento político-social de nuestro continente ha sido fiel y consecuente a esas líneas primordiales?

El panorama socio-político de la mayor parte del territorio suramericano presenta a este respecto signos de incertidumbre y desconcierto, justo es reconocerlo. Ante todo, se observa la total frustración de los ideólogos de izquierda. Es un hecho tan ostensible, que seriamente incita al análisis sereno de sus causas. En nuestra América Meridional, la revolución iniciada por los líderes comuneros, y que después proguieron los hazañosos caudillos de 1810 a 1824, perdió la ruta ascensorial de sus años luminosos.

Ciertamente Bolívar no olvidó que los primeros revolucionarios de nuestro continente antepusieron lo económico y social, a lo político, sin dejar de preservar la democracia. El Libertador tuvo, durante el largo proceso de la formación de sus ideas, contradicciones e incertidumbres en cuanto a la estructura simplemente política del Estado. Pero, en verdad, jamás retrocedió en

lo social y económico, área en la cual siguió siendo firmemente progresista hasta el último de sus días.

Es muy posible que los extremistas suramericanos hayan olvidado que ningún proceso revolucionario que aspire a modificar la estructura de una sociedad puede inspirarse en modelos externos, sino en factores íntimos, anclados en el alma popular y ubicados en el mismo suelo donde ese pueblo actúa. Es en las profundidades del subconsciente colectivo nacional donde se gestan, en proceso lento a veces y a veces acelerado, pero siempre íntimo, esos virajes profundos que, de siglo en siglo, escenifica un pueblo enardecido, tras largas décadas de resignada sumisión y espera.

En principio, la revolución suramericana fue cosa peculiar con geográfico sabor y emanación del mismo proceso colonialista. Su génesis y postulados, sus requerimientos y problemática, sus tesis, eran eminentemente autóctonos y hacían relación directa al esclavo, al mazamorrero, al nativo, a la equidad tributaria entre las clases, al régimen y a los monopolios estatales.

La imagen de la revolución indolatina fue surgiendo como cosa peculiar y latente dentro y contra el sistema colonial, desde la conquista, hasta 1810.

La violenta apropiación de la tierra por los conquistadores y su también violenta explotación por medio de la esclavitud, las encomiendas y las mitas, engendraron una problemática social netamente suramericana y ambiental que no solamente está en el origen causal de las primeras insurrecciones, sino que repercute mucho más allá prolongando sus inquietudes hasta la época republicana y, seguramente, hasta nuestros propios días.

Postura Democrática

Yo quiero ser enfático en declarar aquí, en este santuario de la Revolución Comunera Latinoamericana, que quienes estamos vinculados por una o muchas razones al sistema vigente actualmente en Colombia, no pretendemos, ni hemos pretendido nunca, que nuestro sistema sea el mejor de los posibles. Ni estamos tampoco embriagados en ese crédulo e ingenuo optimismo. Serenamente confiamos en la evolución de nuestras instituciones sociales y en un necesario proceso de cambio, pero razonablemente progresivo y democrático. Tenemos fe deliberada y fundamentada en la evolución democrática que, desde los inicios de nuestra independencia, enmarca la vida de nuestro pueblo. Estamos conscientes

de la necesidad de reformas y las propugnamos dentro de lo realizable, dentro de lo factible. No olvidamos la vieja y repetida frase de que la política es la ciencia de lo posible. Nuestra democracia ha sido un largo proceso, no un producto, una búsqueda y no un descubrimiento.

Lo que no nos seduce, bajo ninguna circunstancia, es la quimera y el promeserismo desorbitado que desvían la mente popular de los caminos progresivos de la sensatez y el equilibrio hacia los sistemas totalitarios. Juzgamos el promeserismo quimerista como una droga enajenante y maligna; como un mórbido delirio que perturba el buen sentido popular obnubilante de la conciencia política del pueblo con consecuencias negativas y fatales.

Conciudadanos:

Aquí, en este sitio rodeado de colinas arrogantes, dio uno de sus primeros pasos la democracia antioqueña en su altiva lucha secular por la libertad y la justicia, esos dos ingredientes esenciales del progreso espiritual y moral de las sociedades humanas.

Venimos aquí, por tanto, en fervorosa búsqueda de inspiración y a fortalecer nuestra fe inquebrantable en la grandeza de Antioquia. Que ese patrimonio histórico de dignidad y orgullo regionales que aquí empezó a acrecentarse y que constituye hoy uno de los mejores distintivos del pueblo antioqueño sea fortalecido al paso de los años para que perdure de generación en generación y para que se transmita, sin ningún menoscabo, a nuestros nietos y biznietos.

La firme decisión de mantener ese propósito es el mejor homenaje que podemos rendir hoy a nuestros antepasados comuneros.

Gracias, señores, por la invitación que me ha recibido para ocupar este sitio tribuna de la Universidad Colegio Mayor del Rosario y delegar sobre un problema que es vital para el Ecuador, y que en Colombia ha sido bien entendido y allí la simpatía que se le otorga para la causa ecuatoriana y allí los primeros momentos de respeto a nuestra lucha, expresados en numerosas cartas y en numerosos medios de comunicación colectiva.

Me siento halagado por la presencia de varios colegas cuya presencia agradezco y me complace advertir que en esta sede encuentran nuestros conciudadanos, pero a jóvenes ecuatorianos de este prestigioso colegio de educación.

Quiero, señores, que el momento esté adecuado para un diálogo positivo. Porque creo, con plena conciencia y con pasión, que América tiene un destino común; porque estoy convencido de que todos los americanos tenemos la obligación de buscar conjuntos de unión y de amistad. Y esas metas y la altura de este siglo deben traducirse en cooperación y en solidaridad.

"EL PROBLEMA TERRITORIAL ENTRE EL ECUADOR Y EL PERU"

que determinan las realidades nacionales con sus características propias y con sus intereses especiales. Todo ello para que podamos encontrar las fórmulas más idóneas a fin de que entre todos alcancemos bienestar para el hombre americano. Como socios pujantes en la empresa del desarrollo integral que atiende a las necesidades del espíritu lo mismo que a los requisitos del progreso.

Gustavo Ruales Viel

Esos avances corresponden a los intereses permanentes de nuestros pueblos y exigen superar posiciones anti-históricas que han venido impidiendo una acción amplia y fructífera de América, una presencia de nuestros países en el concierto internacional de manera que asegure una apropiada participación en la toma de decisiones políticas, económicas y sociales, en el reparto de la riqueza mundial y en el desarrollo de la ciencia y la tecnología. Este es un ejemplo de lo que se debe hacer en América Latina y en el mundo. Habría sido conveniente que el Ecuador participara en esta actividad para que se le otorgara el lugar que le corresponde en el mundo y de un mercado importante.

Licenciado en Derecho de la Universidad Central, Quito.
Diplomático de Carrera de la República del Ecuador.

*Conferencia dictada el 21 de mayo de 1981 en la Universidad Colegio Mayor del Rosario de Bogotá, por el Excmo. Señor Licenciado Gustavo Ruales Viel, Embajador del Ecuador en Colombia.